

colección rúbrica



GLORIA LÓPEZ DE MARÍA RODRÍGUEZ
SIGUIENDO MI DESTINO

esstudio
ediciones

PRIMERA PARTE

1

Evocaciones de la niñez...

Conocí a Martín Javier Mina en Pamplona. Los dos teníamos muy pocos años cuando nuestras respectivas familias nos enviaron a estudiar al seminario, ya que desde que Carlos III expulsó a los Jesuitas, este era el centro que ofrecía más garantías de una sólida educación para los muchachos.

Javier, como prefería que le llamáramos, era natural de Otano, y el tercer hijo de Juan José Mina Espoz, pero el único que logró sobrevivir, ya que sus anteriores hermanos habían alcanzado tan solo unos pocos meses de vida. En Pamplona residía en casa de una tía suya, Doña Simona Espoz, que era vecina de mi tía Mónica.

La familia de mi padre, los Gómez de Padilla, desde tiempos inmemoriales habían residido en Navarra. Muchos siglos atrás, uno de mis antepasados fue portaestandarte de Sancho Ramírez, rey de Aragón y Pamplona, al que acompañó en numerosas razias contra los moros, lo que le valió ser nombrado hidalgo o infanzón, con casa solariega en Tafalla. Siendo pues sus descendientes «*hijosdalgos*» teníamos el privilegio de ingresar como cadetes en las academias militares, y gozábamos también del derecho a portar armas y a no ser ajusticiados de manera infamante, ya que éramos de noble linaje. Lo que no significaba que no pudiéramos ser ejecutados, pero de formas más dignas.

Los antepasados de mi madre, los Alvarado, también fueron curtidos militares de la Armada española, y se habían destacado en

múltiples batallas navales. Unas veces, protegiendo a la Flota de las Indias contra los corsarios franceses e ingleses; otras, defendiendo el Mediterráneo de los piratas berberiscos; o luchando durante los años de la interminable guerra de Flandes. Todas estas gestas les habían hecho merecedores de ser Grandes de España, pero casi siempre a título póstumo, por haberse dejado la piel y la vida en el fragor del combate luchando por su rey, su religión y su patria. Como solía decir mi padre: *«A burro muerto cebada al rabo...»*.

En fin, que proveníamos de alta cuna por los cuatro costados, y por nuestras venas corría sangre noble desde más de diez generaciones... Teníamos mucho *«don»*, pero no demasiado *«din»*, por lo que mi padre, además de ocuparse de su hacienda, herencia familiar de la que tan orgulloso se sentía, ejercía como abogado. «Tenemos muchas bocas que alimentar —decía— y el campo no da para todo».

—Mira, Dieguito —me aconsejaba—, las tierras han de pasar a tu hermano mayor, pero tú puedes optar por la carrera militar o por las leyes.

—¡O por ser cura! —contestaba yo, más que nada por hacerle rabiar, a sabiendas que esa opción él la daba por descartada.

—Solo a condición de que llegues a Papa —respondía mi padre riendo.

Y es que en mi casa no éramos particularmente inclinados a rezos, misas y novenas. Lo de la Iglesia, con toda su influencia, sus privilegios y sus inmensas propiedades, mi padre lo consideraba un abuso que tarde o temprano debería terminar. No obstante, su hermano pequeño, el tío Faustino, había sido canónigo del cabildo de la catedral de Valladolid, y en la actualidad era el deán de la de Segovia. ¡Para ser una familia con poco apego a la Iglesia, no estaba nada mal...!

Tampoco mi madre era de aquellas damas de mantilla y misal, que se pasaban el día entre curas. Asistía a los actos religiosos lo justo para cumplir con los preceptos ineludibles. De hecho, era hija de

una noble británica, y había sido educada en Londres y en París durante sus años de juventud. Allí adquirió una notable cultura, muy distinta de la de las jóvenes en España, y habían calado en ella los principios de libertad, igualdad y fraternidad que había aprendido durante su estancia en Francia. Era una ferviente admiradora de Jean-Jacques Rousseau (ella siempre lo pronunciaba en francés, para demostrar su conocimiento de la lengua), de los enciclopedistas, y de la división de poderes; lo que en aquella época aquí era tan impensable como ver volar a un burro.

Una vez finalizados los cursos elementales en Tafalla, me enviaron a proseguir los estudios secundarios en Pamplona, donde en el seminario aprendí gramática, humanidades, cálculo, matemáticas, física y química; conocimientos fundamentales para ser militar, que era mi vocación.

Llegué a Pamplona con diez años, y me encomendaron al cuidado de mi tía Mónica, la hermana menor de mi madre, en cuya casa me instalaron con mis pocas pertenencias y mi gata *Mimí*. Yo hubiera preferido llamarla «*Sinfo*», en recuerdo de Sinforosa, una niñera que tuve que me pinchaba con sus bigotes cada vez que me besaba. Pero mamá no me dejó. Le pareció de muy mal gusto la comparación, y tal vez estaba en lo cierto...

Mi tía no tenía hijos propios porque se había quedado viuda muy joven, al poco de contraer matrimonio. Mi abuelo la casó por poderes con un general amigo suyo bastante mayor que ella y destinado en Méjico. Mientras ilusionado como un chaval acondicionaba la casa para recibir a su atractiva y joven esposa, contrajo unas fiebres que le llevaron al otro mundo sin apenas haber podido gozar del matrimonio.

¡Tía Mónica era una mujer fantástica! Culta y bella, igual que mamá, llegó a quererme como si de su propio hijo se tratara, y durante mi estancia en su casa me hizo la vida tan feliz, que apenas echaba

en falta a mis padres, aunque como es lógico deseaba que llegaran las vacaciones para reunirme con ellos. Entonces volvía a reencontrarme con mi hermano, primos y amigos de Tafalla. En verano, bajábamos a bañarnos al río, cogíamos cangrejos, hacíamos excursiones en borri-co, dormíamos la siesta a la sombra de las encinas o los enebros, y lo que más me gustaba, recorriamos los pueblos de los alrededores cuando estaban en fiestas. Algunas veces los mozos de la localidad nos recibían a cantazos, porque no les gustaba nada que chicos de otros pueblos se pavoneasen delante de las muchachas del suyo. Pero eso también tenía su encanto, y normalmente, salvo algún que otro chichón, la cosa no pasaba a mayores.

Pero volvamos a Pamplona. Durante el tiempo que residí en casa de tía Mónica, entablé una sincera amistad con Javier Mina.

Los dos éramos vecinos, y hacíamos a diario la misma ruta de casa al seminario. Pasábamos juntos la mayor parte del tiempo. Nuestra amistad se prolongó a lo largo de los años y hasta su muerte en Méjico, a la que poco faltó para que me arrastrase con él. Pero no quiero adelantar acontecimientos...

Las casonas de nuestras respectivas tías se hallaban separadas tan solo por una tapia que dividía los jardines. Las ramas de sus árboles caían sobre el parque de mi tía, y viceversa. En ciertas ocasiones, hubo que talar alguno porque sus raíces amenazaban con derribar el muro medianero. Javier y yo, muchas veces para jugar juntos, saltábamos la tapia en lugar de salir a la calle y llamar a la puerta vecina, como hubiera sido lo correcto.

—¡Que no te vuelva a ver saltar el muro como un pillastre! —me regañaba mi tía—. ¿Qué modales son esos...? Se llama a la puerta. Los únicos que saltan las cercas son los ladrones... ¡Parece que hoy día los chicos desconocen las más elementales normas de urbanidad!

Mi tía Mónica y su tía Simona, aparte de vecinas, eran buenas amigas. Debían tener poco más o menos la misma edad, y ambas eran muy dadas al visiteo y a compartir chocolates y cotilleos, que nosotros escuchábamos agazapados sin ser vistos.

Comentaban entre ellas que Carlos IV era un auténtico mentecato. Un hombretón simple y sin carácter dominado por su mujer, y por su valido y amante, Godoy, del que se decía que era padre del más pequeño de sus vástagos, Francisco de Paula, al que llamaban «*el del indecente parecido*». Ni Goya fue capaz de disimular esa semejanza en el retrato que hizo a la familia real.

—Dicen que la reina María Luisa se ha puesto una dentadura postiza hecha de marfil —chismorreaba un día Doña Simona con mi tía, mientras daba un pequeño sorbo al chocolate de su jícara.

—Buena falta le hacía a la pobre, porque según dicen, estaba medio desdentada. Lo mismo que Josefina Bonaparte, que también tiene la boca desastrosa. Tal vez por chupar tanta caña de azúcar en su Martinica natal.

—¡Hombre! Si su padre tenía plantaciones, es lógico. Además, allí debía vivir medio salvaje, si apenas sabía escribir... Cuentan que quien la refinó en París fue su anterior marido. ¡Menos mal que le dio tiempo antes de que lo guillotinasen...! —explicó con malicia Doña Simona, disimulando una risita que ahogó con la servilleta.

—¡Sí, sí, riéte tú! Con la dentadura hecha una pena y con modales toscos, pero ahí la tienes, emperatriz, ¡casi nada...! —afirmó mi tía con un poco de envidia—. Oye, y nuestra real desdentada, ¿por qué tendrá la boca tan mal? Porque no le vendrá de comer dulces, digo yo.

—No, a esta ha sido por tantos embarazos. Ya se sabe, cada hijo, una muela... Y ella, dicen que ha estado embarazada veintitantas veces...

—¡Qué barbaridad! No me extraña que no le quede ni una pieza sana...

—Entre los que le viven, los que murieron de pequeños, y los abortos... se ha pasado toda la vida embarazada.

—Y eso que el marido no es nada apuesto, porque si no... llega a la treintena... —añadió con ingenuidad mi tía, que como ya expliqué, apenas había podido disfrutar de las mieles conyugales, y le resultaba insólito concebir hijos fuera del matrimonio.

—No crea, Doña Mónica, que al parecer, no solo el marido ha contribuido... ¡ja, ja, ja! Ese Godoy anda siempre por medio... —respondió entre carcajadas la tía de Javier—. Dicen que amantes no le faltan... aunque, ¿quién sabe? Podrían ser solo habladurías, porque fea, lo es un rato...

—Pero hay que reconocerle una cosa: tiene los brazos torneados y muy bonitos, y como le encanta lucirlos, ahora, todas las damas de la Corte han suprimido de sus atuendos los guantes largos.

—Algo debía tener bien la pobre... porque por lo demás es un adefesio.

—Sí, ¡pero coqueta a más no poder... y a su edad, es hacer el ridículo!

Estos cotilleos eran de lo más divertido, y lo único que amenizaba la vida en una ciudad de provincias, por otro lado tan monótona y aburrida.

Además de visitarse con sus vecinos más cercanos, tía Mónica solía reunir en su casa a lo más granado y distinguido de la sociedad pamplonesa. En aquellas tertulias, que se hicieron famosas en la comarca, se hablaba de todo menos de religión, tema tabú, ya que a decir de mi tía podía levantar discusiones acaloradas y acabar con buenas amistades, por lo que era de muy mal gusto y falta de delicadeza abordar temas tan sensibles y pasionales. Ahora bien, con lo que todos disfrutaban de lo lindo era con las novedades del país vecino; la manera en la que las vicisitudes galas nos afectaban a nosotros; y sobre todo, y lo más divertido, sobre los cotilleos que llegaban de la Corte.

Como es natural, mi tía al principio no me dejaba participar en aquellas tertulias, en las que se decían cosas que un niño no debía oír, ni menos repetir; pero yo, que era muy granuja, hacía ver que permanecía en mi cuarto realizando las tareas escolares, escuchaba escondido detrás de la puerta entreabierta, y después se lo contaba todo «*de pe a pa*» a mi amigo Javier.

Uno de los que jamás faltaban a las chocolatadas y meriendas de mi tía era el coronel retirado Juan Carlos de Aréizaga, que había sido uno de los mejores amigos de su difunto marido, y del que tendré ocasión de hablar mucho y no siempre bien a lo largo de mis memorias. Para mí, que estaba secretamente enamorado de ella.

Aréizaga, que siempre se las daba de estar enterado de las novedades de la Corte, preguntó en una de aquellas merendolas:

—¿Ya se han enterado ustedes del último chismorreo de palacio?

—¿De cuál? Porque son tantos y tan jugosos, que nunca se sabe cuál es el último.

—Pues que dicen que, por fin, después de un año de casados, el pobre Fernandito, nuestro ínclito príncipe de Asturias, ¡ha conseguido desflorar a su mujer...!

—Qué cosas tiene usted —respondía Doña Asunción (otra de las habituales tertulianas), poniéndose el abanico frente al rostro, simulando una terrible turbación.

—Cuente, cuente, ¿y cómo se ha sabido eso? ¿Por las sirvientas? —interrogaba el boticario muerto de risa, sin poder reprimir la curiosidad.

—No, qué va... porque la desdichada María Antonia se lo escribió a su madre llena de júbilo, y esta se ha encargado de pregonarlo a los cuatro vientos por todas las cortes europeas.

—¡Pues no será porque a ese descerebrado no le vayan las mujeres...! Dicen que sale de palacio por las noches, y se pasea por las tabernas acompañado de un séquito de amigosotes adúladores, de baja

condición y nula cultura, que le ríen las gracias, y le procuran mujercitas zafias y ordinarias. ¡Vamos, que se luce en compañía de lo más granado de Madrid!

—Pues está visto que nuestro futuro monarca la virilidad tan solo la luce con chulaponas y ramera, ¡porque con su distinguida consorte le ha costado lo suyo...!

—A ver si consigue dejarla encinta, y nos dan a un «borboncito» que no sea tan memo como los anteriores...

En efecto, al príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, lo casaron con la hija de los reyes de Nápoles, una muchacha rubia, culta, de porte señorial y exquisitos gustos, que a poco se desmaya al ver el adefesio con el que la habían prometido. «*¡Y encima, medio impotente...!*», se quejaba con amargura en la correspondencia que mantenía con su madre, la reina María Carolina. Y su preocupación no era debida a que sintiese ningún deseo de intimar con un ser tan inculto, feo y abúlico como su real consorte (al que por no gustarle practicar ningún tipo de actividad física, no le gustaba ni tan siquiera la caza, a la que tan aficionados habían sido todos sus antepasados), sino porque el sagrado deber de una princesa que aspirase a convertirse en reina era parir hijos y, a poder ser, varones.

La pobre María Antonia, después de dos abortos, y una tuberculosis que no logró superar, pasó a mejor vida a los veintiún años, sin descendencia y sin haber llegado a reinar. Su madre sospechaba que fue envenenada por orden de su suegra, la reina María Luisa, o de Godoy, que nunca habían conseguido tragarla.

Pues como iba explicando, por aquellos años las tertulias políticas eran continuas. En las aulas, por los pasillos, en las cantinas, mercados y calles, en cualquier lugar donde se encontrasen dos o tres españoles, se hablaba de lo mismo. Y motivos no faltaban.

A raíz de la ejecución en la guillotina de Luis XVI y la reina María Antonieta, Godoy, autoproclamándose defensor de la religión

y la monarquía, se alió con Portugal, y con el apoyo británico entramos en guerra contra los republicanos franceses.

Tras un primer momento de euforia en el que parecía que las victorias del general Antonio Ricardos eran imparables, con su muerte a causa de una pulmonía, se cambiaron las tornas y los ejércitos franceses se adentraron en Cataluña, País Vasco y la zona del Valle de Baztán, en Navarra. Tras encarnizadas batallas y miles de bajas, más por agotamiento por ambos bandos que por una clara superioridad militar de ninguno de ellos, Godoy, de forma independiente y sin ponerlo en conocimiento de sus aliados portugueses y británicos, decidió firmar la paz en 1795. Esto les sentó muy mal a sus antiguos socios y lo consideraron una traición. Supongo que dirían entre ellos: *«Esto no se hace... No es conducta propia de caballeros, pero arrieros somos y en el camino nos encontraremos...»*. Efectivamente, no nos encontramos en el camino; pero sí en el mar, y como represalia los ingleses empezaron a amenazar sin descanso a la flota española en sus viajes a América.

A cambio de la retirada francesa de los territorios que habían ocupado en la Península, tuvimos que cederles nuestras posesiones en La Española; pero mira tú por donde, el rey, que tampoco tenía demasiadas luces, en vez de destituir a su valido por inútil e incompetente le nombró Príncipe de la Paz, además de cubrirlo con condecoraciones, bandas y títulos de grandeza.

No contento con aquella metedura de pata, el ilustre Godoy, al cabo de un año, consideró buena idea contar con el respaldo de sus antiguos enemigos franceses, y firmó el tratado de San Ildefonso, según el cual Francia y España mantendrían una alianza militar conjunta frente al Reino Unido. ¡Vaya por Dios! Semejante decisión no nos trajo más que disgustos, y volvimos a vernos envueltos en otra guerra de la que saldríamos muy mal parados.

Las tertulias del coronel Aréizaga

El coronel Aréizaga (al que para mi desdicha tuve que perseguir por media península, aunque yo en aquella época lo ignoraba), no solo era asiduo de las tertulias de mi tía, sino que también mantenía en una cantina del centro de la ciudad una reunión a la que acudían algunos burgueses, profesionales y estudiantes, con los que charlaba sobre la marcha de la guerra en Europa, y daba su opinión como militar acerca de las estrategias seguidas por los diferentes bandos.

Aunque quizás él no fuera un gran estratega (como después quedó demostrado) era simpático a rabiar, y tenía un especial gracejo para comentar los acontecimientos, con lo cual sus disertaciones se hicieron tremendamente populares, sobre todo entre sus seguidores más jóvenes e impetuosos.

Javier y yo, que entonces éramos aún unos niños, no faltábamos a una sola de sus reuniones, camuflados al fondo de la sala, procurando no ser vistos ni llamar la atención.

Nos encantaba oír sus explicaciones sobre la batalla de Trafalgar.

—Al encontrarse la flota franco-española con la Armada británica se comprobó que, aunque los ingleses disponían de menos navíos, nos superaban en equipamiento, munición y velocidad de recarga de sus cañones —pontificaba—. Además, piensen ustedes que tras la revolución francesa muchos marinos procedentes de la aristocracia habían sido guillotinado, con lo cual gran parte de los oficiales no

habían estado jamás en una batalla naval, y la inexperiencia se pagaba cara en la guerra. Por otro lado, la flota española se hallaba mal pertrechada; el estado de los buques era lamentable, la tripulación fue contratada en el último momento, y muchos marineros no se habían embarcado nunca y vomitaban sin cesar, los artilleros estaban desentrenados... ¿Qué se podía esperar ante tal situación?

Y proseguía:

—Nelson demostró ser un magnífico marino, un gran estratega y un hombre de indiscutible valor, no como el comandante Duma-noir que, al primer cañonazo, se meó en los pantalones y se dio a la fuga con varios de los buques a su mando.

—¡Le debieron fusilar por traidor y cobarde! —resolvió Javier con su vehemencia habitual, pero en voz muy baja para que solo lo oyera yo.

—Calla, que si reparan en nosotros nos echarán a patadas.

Javier, desde muy pequeño, ya demostraba tener la sangre muy caliente. Él y yo éramos entonces simples colegiales, pero deseosos de poder demostrar nuestro valor. Y no faltaba mucho tiempo para que pudiéramos hacerlo...

Solo había una cosa que en aquellos tiempos acaparaba mi atención más que los chismorreos políticos. Y era Lucía Vázquez de Ulloa.

Lucía era la niña más hermosa que jamás había podido imaginar. Lo mío fue un amor a primera vista. Paseaba con mi amigo por la Plaza Mayor una tarde de domingo, cuando la vi; iba cogida del brazo de un señor mayor de porte elegante, con sombrero de ala ancha y capote, al que apenas ni miré. Solo tenía ojos para ella. De momento me quedé sin palabras. Pensaba que era la criatura más dulce y angelical que había visto jamás, cuando de pronto y ante mi asombro Javier se aproximó a ellos quitándose la gorra. Yo ni siquiera

había reparado en que el caballero era nuestro profesor de física y química.

—Don Joaquín, ¡qué placer encontrarle! —saludó Javier con cordialidad.

—Buenas tardes, muchachos. Veo que en lugar de estar estudiando para el examen de mañana, se dedican ustedes a pasear...

—No, en absoluto, Don Joaquín, simplemente íbamos a casa de los hermanos Flórez a repasar juntos para el examen... —respondió ágil Mina.

—Eso está bien. Solo con esfuerzo se consigue lo que uno se propone.

En ese instante me miró a mí, que permanecía obnubilado contemplando a la muchacha que le acompañaba. El profesor debió de percatarse de ello, porque con una sonrisa de comprensión, dijo mirando a la niña:

—Les presento a mi hija Lucía. Desde que su madre nos dejó, es mi tesoro máspreciado. Lo más valioso que tengo.

Se notaba emoción en sus palabras. Sin duda su hija era lo principal para él, lo que le mantenía con vida... Mas en ese preciso instante tuve la firme convicción de que aquella flor habría de ser mía. Fue un presentimiento, una corazonada, o una locura, no lo sé. Pero mi decisión fue firme e inquebrantable.

Lucía sonrió con una dulzura infinita, me miró a los ojos, y ambos, padre e hija, siguieron su camino. Yo, como un imbécil, no respondí nada, ni una sola palabra salió de mis labios; aunque hubiera querido habría resultado imposible. Me había quedado mudo...

—Pero Diego, ¿se puede saber qué rayos te pasa? —preguntó Javier, contrariado con mi actitud—. No has saludado, ni te has despedido de Don Joaquín. Te has comportado como un gañán. Te vas a jugar un suspenso en química.

Aquello me hizo reaccionar. Le cogí con fuerza de un brazo y eché a correr en dirección a casa.

—¡Vamos, date prisa! —grité—. Ya no me acordaba, hemos de estudiar...

Aquella noche no me acosté. A base de cafés estuve estudiando hasta las siete de la mañana. Era forzoso sacar buena nota. No quería quedar ante mi futuro suegro como un mentecato. Quería sorprenderle. ¡Y lo hice!

Cuando al cabo de unos días leyó en voz alta las calificaciones de los exámenes, creí morir de la vergüenza. Pronunció mi nombre despacio, y por el gesto contraído de su rostro, intuí que nada bueno iba a decir. Yo, de pie frente al pupitre, esperaba el veredicto como un delincuente espera oír su sentencia...

—Señor Gómez de Padilla, pase mañana por mi despacho y comentaremos su examen en privado.

No añadió más, pero para mí fue suficiente. Me había puesto un cero redondo. Seguro.

Aquello no entraba en mis cálculos. Sentí ganas de llorar, de matar a aquel viejo engreído. Una rabia caliente me subía por las venas del cuello, ahogándome casi la respiración y enrojeciendo mis orejas. Lo que el maldito profesor sentía eran celos de mí. De fijo eran celos. Había intuido que yo le iba a robar a su hija... Por eso había querido humillarme. Ridiculizarme ante todos. Posiblemente incluso le hubiera comentado a ella lo ignorante que era. Me parecía estar oyendo sus palabras:

—Lucía, cielo mío, no te fijas en ese patán de Diego Gómez de Padilla que te presenté el otro día en la plaza, porque es un animal de bellota, un destripaterrones... Tú has de aspirar a algo mejor...

Por razones obvias, con todos estos pensamientos rondándome por la cabeza devolví la cena, y volví a dormir fatal esa noche. Pero a las nueve en punto de la mañana, con unas ojeras hasta el suelo pero